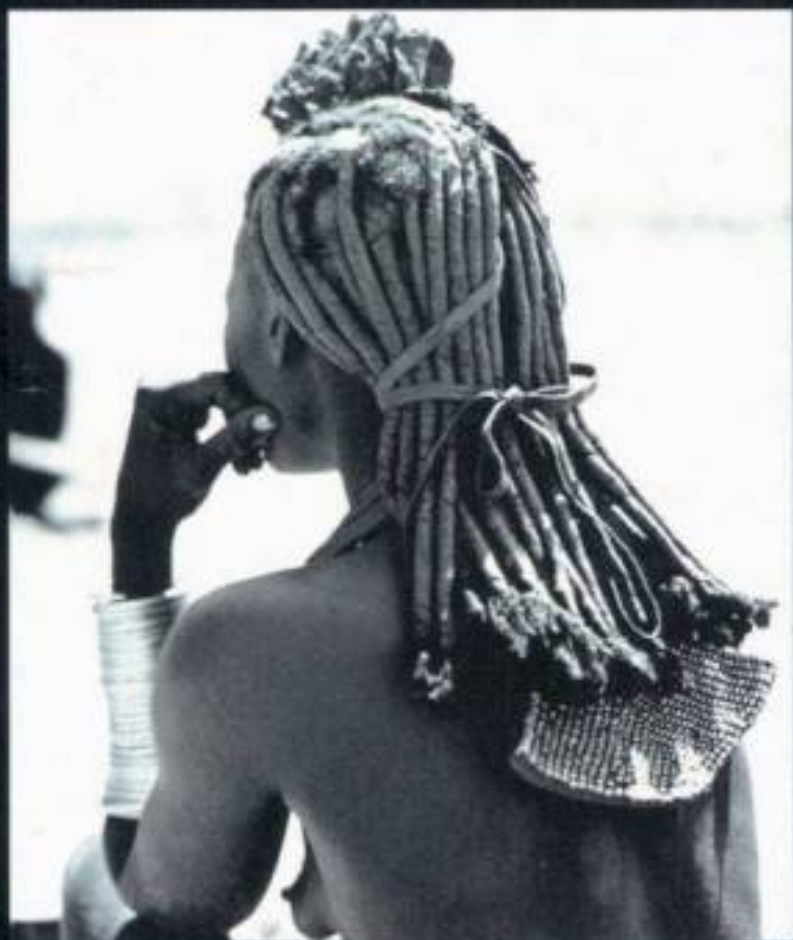


RYSZARD KAPUŚCIŃSKI

Ébano



● crónicas ●

Quien muchos consideran el mejor reportero del siglo se sumerge en el continente africano, rehuyendo lugares comunes y estereotipos. Vive en las casas repletas de cucarachas de los más pobres, enferma de malaria cerebral, corre peligro de muerte a manos de un guerrillero, pero pese a todo no pierde su mirada lúcida y su voz de gran narrador para adentrar al lector en la compleja realidad de África, con las guerras, miseria e injusticia que atraviesan su historia y lastran su presente. Posiblemente la obra cumbre del autor, ganadora del Premio Viareggio, entre otros galardones.

He vivido unos cuantos años en África. Fui allí por primera vez en 1957. Luego, a lo largo de cuarenta años, he vuelto cada vez que se presentaba la ocasión. Viajé mucho. Siempre he evitado las rutas oficiales, los palacios, las figuras importantes, la gran política. Todo lo contrario: prefería subirme a camiones encontrados por casualidad, recorrer el desierto con los nómadas y ser huésped de los campesinos de la sabana tropical. Su vida es un martirio, un tormento que, sin embargo, soportan con una tenacidad y un ánimo asombrosos.

De manera que éste no es un libro sobre África, sino sobre algunas personas de allí, sobre mis encuentros con ellas y el tiempo que pasamos juntos. Este continente es demasiado grande para describirlo. Es todo un océano, un planeta aparte, todo un cosmos heterogéneo y de una riqueza extraordinaria. Sólo por una convención reduccionista, por comodidad, decimos «África». En la realidad, salvo por el nombre geográfico, África no existe.

R. K.

EL COMIENZO, EL IMPACTO, GHANA 1958

Lo primero que llama la atención es la luz. Todo está inundado de luz. De claridad. De sol. Y tan sólo ayer: un Londres otoñal bañado en lluvia. Un avión bañado en lluvia. Un viento frío y la oscuridad. Aquí, en cambio, desde la mañana todo el aeropuerto resplandece bajo el sol, todos nosotros resplandecemos bajo el sol.

Tiempo ha, cuando los hombres atravesaban el mundo a pie o a caballo o en naves, el viaje los iba acostumbrando a los cambios. Las imágenes de la tierra se desplazaban despacio ante sus ojos, el escenario del mundo apenas giraba. El viaje duraba semanas, meses. El hombre tenía tiempo para familiarizarse con ambientes diferentes, con nuevos paisajes. El clima también cambiaba gradualmente, poco a poco. Antes de que el viajero de la fría Europa alcanzase el ardiente ecuador, ya había experimentado la temperatura agradable de Las Palmas, el calor de El-Mahara y el infierno de Cabo Verde.

¡Hoy no queda nada de aquellas gradaciones! El avión nos arrebató violentamente del frío glacial y de la nieve para lanzarnos, el mismo día, al abismo candente del trópico. De pronto, cuando apenas nos hemos restregado los ojos, nos hallamos en el centro de un infierno húmedo. Enseguida empezamos a sudar. Si hemos llegado de Europa en invierno, nos libramos de los abrigos, nos quitamos los jerseys. Es el primer gesto de nuestra iniciación, es decir, de la gente del Norte, al llegar a África.

Gente del Norte. ¿Hemos pensado que la gente del Norte constituye una clara minoría en nuestro planeta? Canadienses y polacos, lituanos y escandinavos, parte de americanos y de alemanes, rusos y escoceses, lapones y esquimales, evenkos y yakutios, la lista tampoco resulta muy larga. No sé si, entre todos, abarcará más de quinientos millones de personas: menos del diez por ciento de los habitantes del planeta. La inmensa mayoría, desde que nace hasta que muere, vive al calor del sol. Además, el hombre nació al calor del sol, sus huellas más antiguas se han encontrado en países cálidos. ¿Qué clima reinaba en el paraíso bíblico? Reinaba el calor eterno, tanto que Adán y Eva podían ir desnudos y no sentir frío ni siquiera a la sombra de un árbol.

Ya en la escalerilla del avión nos topamos con otra novedad: el olor del trópico. ¿Novedad? Si no es otro que el olor que llenaba la tienda del señor Kanzaman, Productos Ultramarinos y Demás, situada en la calle Perec de Pirisk. Almendras, clavos, dátiles, cacao. Vainilla, hojas de laurel; naranjas y plátanos por piezas y cardamomo y azafrán al peso. ¿Y Drohobycz? ¿El interior de *Las tiendas de color canela*, de Schulz? Al fin y al cabo, «su interior, mal iluminado, oscuro y solemne, estaba impregnado de un fuerte olor a laca, colores, incienso, aromas de países lejanos, de raras mercancías». Con todo, el olor del trópico es algo distinto. No tardaremos en notar su opresión, su pegajosa materialidad. Ese olor enseguida nos hará conscientes de que nos encontramos en ese punto de la tierra en que la frondosa e incansable biología no para de trabajar: germina, brota y florece, y al mismo tiempo padece enfermedades, se desintegra, se carcome y se pudre.

Es el olor del cuerpo acalorado y del pescado secándose, de la carne pudriéndose y la *kassawa* asada, de flores frescas y algas fermentadas, en una palabra, de todo aque-

llo que, a un tiempo, resulta agradable y desagradable, que atrae y echa para atrás, que seduce y da asco. Ese olor nos llegará de los palmerales, saldrá de la tierra incandescente, se elevará por encima de las alcantarillas apestosas de las ciudades. No nos abandonará, es parte del trópico.

Y, finalmente, el descubrimiento más importante: la gente. Gentes de aquí, del lugar. ¡Cómo encajan en ese paisaje, en esa luz, en ese olor! ¡Cómo se convierten el hombre y la naturaleza en una comunidad indivisible, armónica y complementaria! ¡Cómo se funden en un solo cuerpo! ¡Cómo cada una de las razas está enraizada en su paisaje, en su clima! Nosotros moldeamos nuestro paisaje y él moldea los rasgos de nuestros rostros. En medio de esas palmeras y lianas, de toda esa exuberancia selvática, el hombre blanco aparece como un cuerpo extraño, estrafalario e incongruente. Pálido, débil, con la camisa empapada en sudor y el pelo apelmazado, no cesan de atormentarlo la sed, el tedio y la sensación de impotencia. El miedo no lo abandona: teme a los mosquitos, a la ameba, a los escorpiones, a las serpientes; todo lo que se mueve lo llena de pavor, de terror, de pánico.

Los del lugar, todo lo contrario: con su fuerza, gracia y aguante, se mueven con desenvoltura y naturalidad, y a un ritmo que el clima y la tradición se han encargado de marcar; un ritmo tal vez poco apresurado, más bien lento, pero, a fin de cuentas, en la vida tampoco se puede conseguirlo todo; de no ser así, ¿qué quedaría para otros?

Llevo aquí una semana. Intento conocer Acra. Es una ciudad pequeña que parece haberse multiplicado y autocopiado, y que ha salido a rastras de la selva para detenerse a orillas del golfo de Guinea. Acra es plana, baja y mísera, aunque también hay en ella casas de dos o más plantas.

Nada de arquitectura rebuscada, nada de lujo ni de suntuosidad. Unos revoques de lo más corriente, paredes de color pastel, amarillo y verde claro, que aparecen llenas de chorraduras. Frescas estas últimas al acabarse la estación de las lluvias, forman infinitos mosaicos, *collages* y constelaciones de manchas, crean mapas fantásticos y dibujos de líneas serpenteantes. El centro de la ciudad está densamente edificado. Hay mucho tráfico, multitud de gente, bullicio; la vida se hace en la calle. La calle no es sino mera calzada, separada de los bordes por un arroyo-alcantarilla. No hay aceras. Los coches se entremezclan con la multitud pedestre. Todo avanza junto: peatones, automóviles, bicicletas, carros de porteadores, y también vacas y cabras. En los bordes, más allá del sumidero y a lo largo de toda la calle, se desarrolla la vida doméstica y mercantil. Las mujeres machacan la mandioca, asan a la brasa bulbos de taro, cocinan algún plato, comercian con chicles, galletas y aspirinas, lavan y secan la ropa. Y todo ello a la vista de todos, como si rigiese una orden que obliga a los habitantes a abandonar sus casas a las ocho de la mañana y a permanecer en la calle. La causa real es muy distinta: las viviendas son pequeñas, estrechas y pobres. El ambiente es sofocante, no hay ventilación, el aire es pesado y los olores nauseabundos, no hay con qué respirar. Además, el pasar el día en la calle permite participar en la vida social. Las mujeres no paran de hablar entre ellas, gritan, gesticulan y acaban riéndose. Apostadas junto a una olla o palangana, tienen, además, un perfecto punto de observación. Pueden contemplar a los vecinos, a los peatones, la calle, escuchar conversaciones y riñas, seguir el curso de los acontecimientos. La persona está todo el día en medio de la gente, del bullicio, al aire libre.

Recorre esas calles un Ford de color rojo con un altavoz en el techo. Una voz ronca y firme exhorta a la gente a que

acuda a un mitin. Será punto fuerte del mitin la presencia de Kwame Nkrumah, Osagyefo, el primer ministro, el líder de Ghana, el líder de África, de todos los pueblos oprimidos. Las fotografías de Nkrumah están por todas partes: en los periódicos (todos los días), en los carteles, en las banderolas y en las faldas de percal de las mujeres, que les llegan hasta los pies. Muestran el rostro decidido de un hombre de mediana edad, ya sonriente, ya serio, pero invariablemente en una toma que debe sugerir que el líder mira hacia el futuro.

—¡Nkrumah es el salvador! —Me dice un joven maestro, Joe Yambo, con voz llena de admiración—. ¿Has oído cómo habla? ¡Como el profeta!

Pues sí, lo he oído. Acudió a un mitin que se celebraba en el estadio de la ciudad. Y con él, los ministros, hombres jóvenes y enérgicos que daban la impresión de pasárselo muy bien, de los que siempre parecen contentos y divertidos. El acontecimiento había empezado con unos sacerdotes botellas de ginebra en mano, con las que rociaban la tribuna: se trataba de una ofrenda a los espíritus, de ponerse en contacto con ellos, de pedirles comprensión y benevolencia. En un mitin de estas características hay, cómo no, personas adultas, pero sobre todo un montón de niños: desde los de pecho cuyas madres los llevan a la espalda, pasando por los que apenas gatean, hasta los de la edad de la guardería y el colegio. A los pequeños los cuidan los mayores, y a éstos, los más grandes todavía. Esta jerarquía de la edad se observa a rajatabla y la obediencia es absoluta. El niño de cuatro años tiene un poder absoluto sobre el de dos; y el de seis, sobre el de cuatro. Así, siempre son los niños los que cuidan de otros niños, los más grandes de los más pequeños, de modo que los adultos pueden dedicarse a sus propios asuntos, como por ejemplo a escuchar a Nkrumah con toda atención.

El discurso que pronunció Osagyefo duró poco rato. Dijo que lo más importante era conseguir la independencia;

el resto, en cierto modo, vendría solo. La independencia sería la fuente de todo bien.

Apuesto y de movimientos decididos, su rostro tenía rasgos nítidamente definidos y sus ojos, grandes y expresivos, recorrían el mar de cabezas negras allí reunidas con suma atención, como si quisiese contarlas todas, sin pasar por alto ni una.

Después del mitin, los de la tribuna se mezclaron con la multitud, se formó un hervidero de voces y gentes, y no se veía ningún servicio de seguridad, guardaespaldas o policía. Joe consiguió llegar hasta un joven (diciéndome por el camino que era un ministro) y le preguntó si yo podía ir a verlo al día siguiente. Este, en medio del bullicio generalizado y sin haberse enterado muy bien de qué se trataba, dijo, como quien cubre el expediente: ¡De acuerdo!, ¡de acuerdo!

Al día siguiente, encontré el nuevo edificio del Ministerio de Educación e Información, que se levantaba en medio de un magnífico palmeral. Era viernes. El sábado, en la habitación de mi pequeño hotel, describí el día anterior:

Paso libre: ni un policía, ni una secretaria, ni siquiera una puerta.

Descorro una cortina estampada y entro. El despacho del ministro se sume en cálida penumbra. Él mismo está de pie junto a la mesa y pone en orden unos papeles. Éstos, convertirlos en una bola y a la papelera. Aquéllos, alisarlos y a la carpeta. Una silueta menuda y esbelta, una camiseta, un pantalón corto, unas sandalias, un *kente* con dibujos de flores echado por el hombro izquierdo, movimientos nerviosos.

Es Kofi Baako, ministro de Educación e Información.

Es el ministro más joven de Ghana y de toda la Commonwealth. Tiene treinta y dos años y lleva tres en el cargo. Su despacho se encuentra en la segunda planta del edificio.

Aquí, el escalafón de rangos se corresponde con la jerarquía de los pisos. A mayor importancia del personaje, más alto el piso. Y es que arriba corre el aire, mientras que abajo el aire es pétreo, inmóvil. De modo que en la planta baja se asfixian los pequeños funcionarios; encima de ellos, los directores de departamento disfrutan de una levísima brisa, y, arriba de todo, a los ministros los alivia esa corriente de aire tan soñada.

Puede ir a ver al ministro el que quiera. Y cuando quiera. Si alguien tiene un asunto que solucionar, viene a Acra, averigua dónde trabaja el ministro, pongamos por caso, de Agricultura, va hasta allí, descorre la cortina, se sienta delante del funcionario y le expone el motivo de su preocupación. Si no encuentra al personaje en la oficina, lo encontrará en casa. Aún mejor, pues allí lo invitarán a comer y le ofrecerán alguna bebida. Antes, la gente se sentía distanciada de la administración blanca. Pero ahora mandan los de casa, así que no hace falta andarse con remilgos. Como es mi gobierno, tiene que ayudarme. Y para que pueda hacerlo, tiene que saber para qué lo necesito. Y para que él lo sepa, yo tengo que ir a explicárselo. Y lo mejor es que vaya yo mismo, directamente, en persona. Los solicitantes parecen no tener fin.

—Buenos días —dice Kofi Baako—. ¿De dónde vienes?

—De Varsovia.

—¿Sabes?, me faltó poco para conocerla. Y es que yo he viajado por toda Europa: Francia, Bélgica, Inglaterra, Yugoslavia. En Checoslovaquia estuve esperando el momento de ir a Polonia, pero Kwame me mandó un telegrama diciendo que debía volver para el congreso de nuestro partido gobernante, el Convention People's Party.

Estábamos sentados a la mesa de su despacho, sin puertas ni ventanas. En su lugar aparecían unos postigos entreabiertos por los que se deslizaba una suave corriente de aire. La estancia, más bien pequeña, estaba abarrotada de papeles: documentos, actas, folletos... En un rincón se

veía una caja fuerte; en las paredes, varios retratos de Nkrumah y en un estante, un altavoz de los que nosotros llamamos koljosianos. En él retumbaban los tam-tams, tanto que Baako acabó apagándolo.

Yo quería que me hablase de él, de su vida. Baako tiene gran predicamento entre los jóvenes. Lo quieren porque es un buen deportista. Juega al fútbol, al críquet y es campeón de Ghana en ping-pong.

—Un momento —se interrumpe—, que voy a pedir que me pongan con Kumasi. Voy allí mañana a un partido.

Ha llamado a correos para que le pongan la conferencia. No se la ponen. Le han dicho que espere.

—Ayer fui a ver dos películas —me dice, con el auricular pegado a la oreja—, quería saber qué dan en los cines. Y echan unas películas que los escolares no deberían ver. Tengo que promulgar una disposición para que a la juventud se le prohíba ver semejantes cosas. Y hoy, desde por la mañana, he visitado los puestos de libros de la ciudad. El gobierno fija precios bajos para los libros de texto, pero se dice que los suben los vendedores. He querido comprobarlo. Y sí, los venden más caros de lo que deberían.

Ha vuelto a llamar a correos.

—Oye, ¿a qué os dedicáis por ahí? ¿Cuánto tiempo tengo que esperar? ¿No sabéis quién llama?

En el auricular, una voz de mujer respondió:

—No.

—¿Y quién eres tú?

—La telefonista de guardia.

—Pues yo soy el ministro de Educación e Información, Kofi Baako.

—¡Buenos días, Kofi! Ahora mismo te pongo la conferencia.

Y ya hablaba con Kumasi.

Mientras, me dediqué a echar un vistazo a sus libros, que aparecían sobre una cómoda: Hemingway, Lincoln, Koestler, Orwel. *Historia de la música* (edición popular),

Diccionario americano (edición de bolsillo), novelas policíacas.

—Soy un apasionado de la lectura. En Inglaterra me compré la *Encyclopaedia Britannica* y ahora la leo a trocitos. Ni siquiera puedo comer si no leo, siempre tengo que tener delante un libro abierto.

Y al cabo de un rato:

—Otra de mis aficiones, aún más grande, es la fotografía. Fotografío siempre y en todas partes. Tengo más de diez cámaras. Cuando entro en una tienda y veo un nuevo modelo, no puedo evitar comprarlo. He regalado un proyector a los niños y por las noches les paso películas.

Tiene cuatro hijos, de edades comprendidas entre los nueve y los tres años. Todos van a la escuela, incluido el más pequeño. No es nada extraño que un crío de tres años vaya a clase. Sobre todo si se dedica a hacer travesuras. Entonces, la madre, para estar tranquila, lo manda allí.

El mismo Kofi Baako fue a la escuela a la edad de tres años. Su padre, que era maestro, quería tenerlo bajo vigilancia. Cuando terminó el colegio, lo enviaron al instituto de Cape Coast. Luego trabajó como maestro, y después como oficinista. A finales de 1947 y tras cursar estudios universitarios en Estados Unidos y en Inglaterra, Nkrumah regresa a Ghana. Y Baako presta atención a lo que dice aquel hombre. Éste habla de independencia. Entonces Baako escribe el artículo «Mi odio al imperialismo». Lo echan del trabajo. Está en la lista negra: nadie quiere darle un empleo. Deambula por la ciudad. Se produce el encuentro con Nkrumah. Kwame le confía el cargo de redactor jefe del *Cape Coast Daily Mail*.

Kofi tiene veinte años. Escribe el artículo «Clamamos por la libertad» y da con sus huesos en la cárcel. También son detenidos Nkrumah y varios activistas más. Pasan trece meses entre rejas, hasta que los sueltan. Hoy, este grupo constituye el gobierno de Ghana.

Ahora habla de cuestiones generales:

—Sólo el treinta por ciento de la gente de Ghana sabe leer y escribir. Queremos acabar con el analfabetismo en quince años. Tenemos dificultades: faltan profesores, libros, escuelas. Las escuelas son de dos clases: las de las misiones y las del Estado. Pero todas dependen del gobierno y hay una sola política educativa. Además, en el extranjero se forman más de cinco mil estudiantes. Pero con ellos a menudo hay un problema: que una vez de vuelta ya no hablan el mismo idioma que el pueblo. Fíjate en la oposición. Sus líderes han salido de Oxford y de Cambridge.

—¿Qué quiere la oposición?

—¿Y qué sé yo? Creemos que la oposición es necesaria. Su portavoz parlamentario recibe un sueldo del gobierno. Hemos permitido que todos los partidillos, grupos y grupúsculos de la oposición se unificasen y fundiesen en un solo partido, para que tuvieran más fuerza. Nuestra postura es que en Ghana todo el mundo, el que quiera, está en su derecho de fundar un partido político, siempre y cuando éste no se base en criterios de raza, religión o tribu. Cada uno de esos partidos, en nuestro país, puede hacer uso de todos los medios constitucionales para conseguir el poder político. Pero con todo eso, te haces cargo, ¿eh?; finalmente no se sabe qué quiere la oposición. Llamen a un mitin y gritan: nosotros tenemos diplomas de Oxford y el tal Kofi Baako ni siquiera ha terminado el instituto. Él es hoy ministro y yo no soy nadie. Pero cuando yo sea ministro, el tal Baako será demasiado tonto para que le confíe el puesto de chico de los recados. La gente presta oídos sordos a esa verborrea porque aquí los Kofi Baako son mucho más numerosos que toda la oposición junta.

Le digo que me marchó, que ya es hora de comer. Me pregunta qué hago por la noche. Yo había planeado ir a Togo.

—Déjalo correr —y hace un gesto de displicencia—, ven a la fiesta. Hoy la organiza la Radio.

Yo no tenía invitación. Él buscó un trozo de papel y escribió: «Dejad entrar en vuestra fiesta al periodista polaco Ryszard Kapuściński. Kofi Baako, ministro de Educación e Información.»

—Toma, yo también iré; haremos unas cuantas fotos.

Por la noche, la guardia apostada en la entrada del edificio de la Radio me recibió con honores militares y me sentaron a una mesa reservada. La fiesta estaba en pleno apogeo cuando al borde de la pista de baile (se celebraba en un jardín) se detuvo un Peugeot de color gris, del cual bajó Kofi Baako. Vestía la misma ropa que en el ministerio, con la diferencia de que bajo el brazo llevaba un chándal rojo: aquella noche se iba a Kumasi, podía pasar frío. Todo el mundo lo conocía. Baako era ministro de escuelas, universidades, prensa, radio, editoriales, museos; de todo lo relacionado con la ciencia, la cultura, el arte y la propaganda del país.

Enseguida nos vimos envueltos por la multitud. Se sentó para tomarse una Coca-Cola, pero no tardó en levantarse.

—Ven, te enseñaré mis cámaras fotográficas.

Abrió el maletero del coche y sacó una maleta. La depositó en el suelo, se arrodilló y la abrió. Nos pusimos a sacar las cámaras y a colocarlas sobre la hierba. Eran quince.

En aquel momento se nos acercaron dos muchachos un tanto bebidos.

—Kofi —habló uno de ellos con voz llena de reproche—, hemos comprado la entrada, pero no nos dejan quedar-

nos aquí porque no llevamos chaquetas. Entonces, ¿por qué nos han vendido las entradas?

Baako se levantó para contestarles.

—Escuchadme, yo soy un hombre demasiado grande como para ocuparme de esta clase de asuntos. Esto está lleno de tipos pequeños; que ellos se encarguen de los asuntos pequeños. Yo llevo sobre los hombros problemas de Estado.

Los dos jóvenes se alejaron un tanto tambaleantes y nosotros nos dispusimos a hacer fotos. Bastó que Baako apareciese cubierto de cámaras para que, desde las mesas, se oyeran voces como:

—Kofi, sácanos una foto.

—¡A nosotros!

—¡Y a nosotros también!

Él empezó a circular entre las mesas, eligiendo aquellas donde se sentaban las muchachas más guapas, las colocaba en varias poses, exigía una sonrisa y disparaba el flash. Conocía sus nombres: Abena, Ekwa, Esi. Ellas lo saludaban sin levantarse, dándole la mano y encogiéndose de hombros, lo que aquí es muestra de frívola coquetería. Baako recorrió todo el lugar; en aquella ocasión sacamos muchas fotos. Consultó el reloj.

—Tengo que irme.

No quería llegar tarde al partido.

—Ven mañana, revelaremos las fotos.

Brillaron los faros y el Peugeot desapareció en la oscuridad. Mientras tanto, el torbellino que era aquella fiesta, o, mejor dicho, balanceo, tumulto y humareda, se prolongó hasta la madrugada.